

dralva y de dos alguaciles, se dispuso á salir para presentarse en el pueblo y dar á conocer con su presencia que no por haberse ido de Madrigal don Rodrigo de Santillana, dejaba de haber alcalde de casa y corte en el pueblo.

Apenas el alcalde Portocarrero habia salido de su alojamiento, cuando vió venir como un rehillete, con su traje y su varilla negra de alguacil al inolvidable Anguila.

—Señor alcalde, dijo llegando junto á él y quitándose su gorrilla; ya tiene vuestra señoría ocasion de sentar la costura á su placer al bachilleron Corchuelos; ¿ve vuestra señoría lo levantado que tengo este carrillo, y lo colorado que debe estar, porque me echa fuego?

—Sí, hombre, sí; ¿qué os ha sucedido?

—Nada, señor alcalde, dijo Anguila creciendo en la indignacion con que habia empezado á hablar; esto no es más que una bofetada de las de á diez quintales, que me ha disparado el susodicho bachiller en esta cara, que es la cara de vuestra señoría, porque vuestra señoría representa aquí al rey, y yo tambien le represento, aunque en grado mínimo, como mínimo ministro de justicia.

—Pues ahí me las den todas, dijo riendo el alcalde Portocarrero al soltar esta frase, que ha venido á ser un adagio vulgar.

—Pues yo pido un escarmiento, ó no habrá justicia en la tierra, y nos maltratarán á todos los oficiales de justicia que servimos lealmente al rey nuestro señor.

—¿Pero qué ha sucedido? dijo ya sériamente el alcalde Portocarrero.

—Lo que sucede es que allí en la pastelería se van á matar; porque por la María Juana, que en mal hora vino al pueblo, el bachiller Corchuelos y Gabriel de Espinosa el pastelero, están espada en mano, y están revueltos en la broma sin lograr que los respeten tres señores principales, tres príncipes ó duques que han venido de Portugal, y van acudiendo estudiantes y pelaires, y se va á armar una, que como vuestra señoría no lo corte á tiempo, el suceso va á ser tal, que se va á quedar en mantillas lo del 15 de agosto.

Y como obedeciendo á un impulso superior á sus fuerzas, Anguila se volvió y apretó á correr hácia la pastelería con un trotecillo menudo y ridículo, pero con una velocidad inaudita.

—Uno, al momento, que vaya á avisar á los otros cuatro que vengan; dijo el alcalde Portocarrero, y dió á correr tambien acompañado de Pedralva y del otro alguacil, y contento porque le habia caído que hacer, hácia la pastelería, á la cual, en efecto, iban llegando algunos estudiantes y algunos menestrales, y dentro de la cual se oían voces acaloradas.

III.

Veamos por qué causa habia recibido aquella descomunal bofetada el corchete municipal Periquete Anguila.

Era aquel dia dia de Santa Obdulia, y habia en una capilla de la iglesia parroquial una imágen de esta vírgen y mártir, á la que se tenia por milagrosísima en la

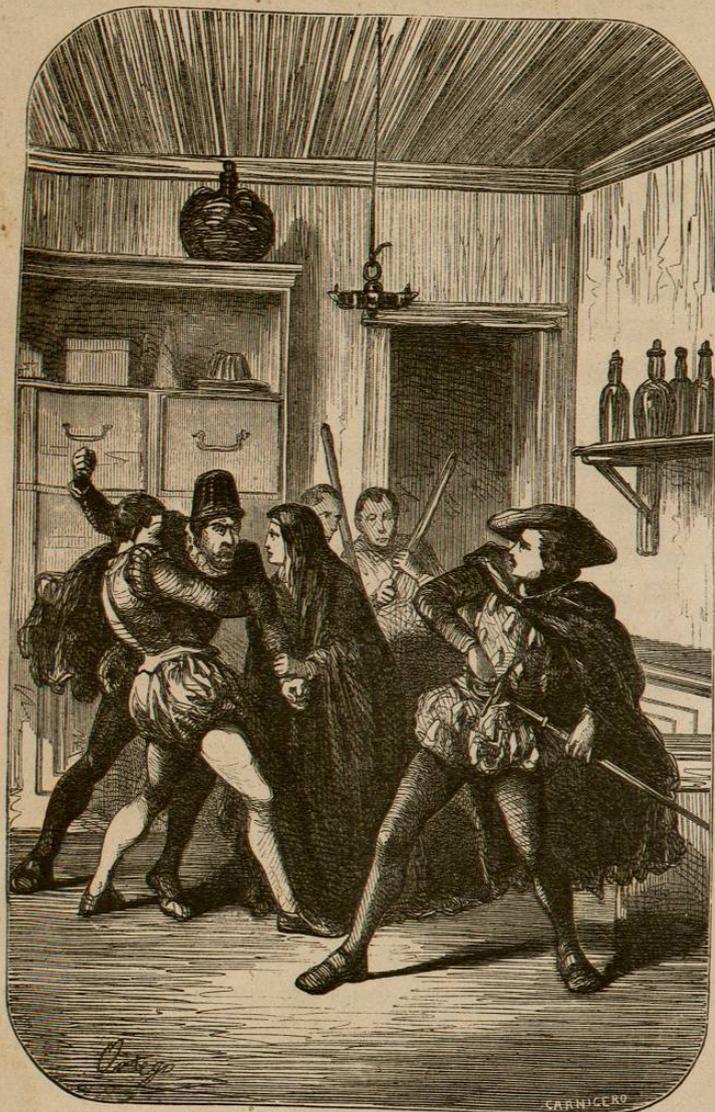
villa, y en cuyo altar se decía una misa, que por devoción y por costumbre de los de Madrigal, era tenida como segunda misa de precepto.

Sayda Mirian, de una parte por devoción, y de otra porque Gabriel de Espinosa no quería dar lugar á murmuraciones, porque de todo se murmura en los pueblos, respetando la costumbre, habia bajado para ir á la misa de Santa Obdulia á la iglesia parroquial.

Al atravesar la sala de despacho de la pastelería, un estudiante, que no era otro que el bachiller Corchuelos, que estaba dando cuenta de una empanada y habia consumido ya dos cuartillos, la vió más hermosa que nunca, porque el reconocimiento de Gabriel de Espinosa y de ella misma como reyes de Portugal por los tres magnates portugueses, la habia causado una alegría que la hacia aparecer radiante de juventud y de hermosura, y como parecia ir sola, porque Gabriel de Espinosa, que venia detrás, estaba todavía en lo alto de las escaleras, Corchuelos abandonó su almuerzo, y antes de que Sayda Mirian llegase á la puerta, se le puso delante con una audacia procaz y una sonrisa repugnante, y la dijo:

—Antes de dejar ir sola á una perla como tú, perderia yo todos mis grados y el ala izquierda del corazon, lucero; ya sabes tú que yo me desvivo por tí, y que te he dado músicas y te he seguido como á la sombra, y lo que es de hoy no pasa, sin que logren premio mis fatigas.

Sayda Mirian, que habia escuchado muda de indignación al estudiante, se retiró dos pasos al ver que Cor-



¿Cómo te llamas, miserable?

chuelos llevaba su audacia hasta extender la mano hácia ella, y exclamó trémula de ira:

—¡Quitáos de delante, miserable, ú os pesa!

—¿Y quién ha de hacer que me pese? exclamó con insolencia Corchuelos viendo al viejo Gil Lopez que acudía; ¿ese vejete que no tiene fuerza para mantenerse en pié? Vamos, déjate querer, paloma; vénteme conmigo y hablaremos, que hablando se entienden las gentes, y no te ha de pesar.

—¡Apartad enhoramala! gritó Sayda Mirian, retrocediendo porque Corchuelos se acercaba más y más á ella.

—¡Aquí muchachos con las estacas! dijo Gil Lopez, llamando á los mozos de la pastelería.

En aquel momento se sintió bajar violentamente por las escaleras, y apareció Gabriel de Espinosa, que livido de cólera, se lanzó sobre el estudiante, que al verle se hizo atrás tomando rápidamente distancia, y tiró de su espada.

Gil Lopez y Sayda Mirian se arrojaron sobre Gabriel de Espinosa y le contuvieron, al mismo tiempo que los dos mozos de la pastelería acudían con garrotes.

—¿Qué vas á hacer, Gabriel? dijo Sayda Mirian; no te pierdas, ni pierdas tu casa por un estudiante borracho.

—¿Cómo te llamas, miserable? dijo Gabriel de Espinosa sacando su cabeza lívida de coraje por entre Sayda Mirian y Gil Lopez, de los cuales no podía desasirse; dimelo y véte, porque no me dejan llegar á tí y acude gente, y yo necesito buscarte para matarte.

—Lo mismo me buscarás tú, dijo soltando una insolente carcajada Corchuelos, que yo busco á mi abuela; tú eres un cobarde, y no mereces tener á esa real moza.

Gabriel rugió, llevó delante de sí á Sayda Mirian y á Gil Lopez, mientras los mozos no se atrevían á llegar al estudiante porque tenia fama de valiente, y algunas personas se paraban delante de la pastelería.

A este tiempo, habiendo oido la voz de Gabriel de Espinosa, el duque de Coimbra y los otros dos nobles, ó lo que para ellos era lo mismo, la voz del rey don Sebastian, acudieron con sus ayudas de cámara.

—¡Ténganse todos! exclamó hablando mal en castellano el duque de Coimbra, á tiempo que Gabriel desahuciándose por un violentísimo sacudimiento de Sayda Mirian y de Gil Lopez, desnudaba una larga daga que llevaba por única arma á la cintura, y se iba sobre el estudiante que se puso en guardia.

—¡Atrás ante el duque de Coimbra, pastelero villano! gritó el duque, poniéndose entre los dos contendientes, mientras Sayda Mirian y Gil Lopez pugnaban en vano por asir de nuevo á Gabriel.

—¡Quítate tú de enmedio, Coimbra! exclamó Gabriel de Espinosa, que estaba fuera de sí de furor.

Entretanto, Corchuelos enviaba enhoramala á Almeida y á Novea, que le habian intimado se retirase con su insoportable altivez portuguesa.

Nadie se entendia, todos gritaban, los tres nobles estaban puestos en medio de Gabriel de Espinosa y del estudiante, y los tres ayudas de cámara habian subido

á cojer tres espadas para hacer que Corchuelos se fuese más que á paso, cuando sobrevino todo rapidez y todo celo Periquete Anguila, sin otras armas que su varilla negra de corchete, y se puso verde, lívido y amojamado al ver á Corchuelos, contra el cual habia contraido un odio de muerte desde que Corchuelos le habia metido el cintarazo y le habia hecho andar de medio lado durante quince dias.

Anguila se enderezó, se estiró creciendo lo menos cuatro dedos, y dijo echando fuego por los ojos y tocando con su varilla en el hombro á Corchuelos:

—¡Dése preso el bachilleron bergante, al rey nuestro señor!

Pero sentirse tocado Corchuelos con la varilla de Anguila, levantar el brazo izquierdo, darle aire, sacudir como única contestacion una horrible bofetada de revés á Anguila, que de resultas dió tres vueltas sobre sí mismo, fué todo obra de un momento, y obra de otro momento fué el volver en sí Anguila, comprender su impotencia, y tomar á escape el camino de la casa del alcalde don Luis Portocarrero para pedirle venganza.

IV.

Ya hemos visto, que apenas dado parte del suceso al alcalde de casa y córte, Anguila, más alentado ya, se volvió con una rapidez casi eléctrica á la pastelería, esto es, al lugar de la pendencia.

Fuera, cinco ó seis estudiantes que habian acudido empezaron á insolentarse puestos de parte de Corchuelos,

con otros seis trabajadores y menestrales que se ponian de parte del pastelero.

Dentro, Gabriel de Espinosa rugía como un león y llenaba de improperios á todos los que le contenian, incluso los tres grandes.

Los ayudas de cámara no podian llegar á Corchuelos, porque sus señores, Sayda Mirian, Gabriel de Espinosa y Gil Lopez, revueltos todos, les obstruian el paso, y las mozas de la pastelería, y los mozos con sus inútiles garrotes en las manos, miraban estúpidamente aquello.

V.

—Ahora veremos si se puede pegar impunemente á un ministro del alcalde mayor, decia Anguila llegando y deteniéndose á una respetuosa distancia, por temor á un segundo bofetón, y con la mano puesta sobre el carrillo dolorido por el primero; ahora veremos si se aporrea á los alguaciles de la Chancillería de Valladolid, que son hombres de pelo en pecho, como se me aporrea á mí, que soy un hombre de bien.

Los estudiantes que habian sobrevenido se escurrieron prudentemente al ver venir al alcalde, al escribano y á los seis alguaciles de la ronda, que venian á todo correr, y solo Corchuelos, que estaba distraido cruzando sus improperios con los de Gabriel de Espinosa, no los vió.

VI.

De repente, la ronda del alcalde, que estaba efectivamente compuesta de hombres de pelo en pecho como

habia dicho muy bien Anguila, cayeron sobre el bachiller, le sacudieron, le quitaron la espada, le amarraron codo con codo, con una destreza y una serenidad admirables, y le tiraron á puntapiés y bofetadas dentro de la pastelería.

Aquella gente brava no sabia prender de una manera más suave.

Eran verdaderos perros de presa.

VII.

Gabriel de Espinosa dejó de luchar y de gritar, cuando vió caer á sus piés al estudiante, que se levantó ayudado por los alguaciles, que de otra manera no hubiera podido por tener atados los brazos, y dijo al alcalde Portocarrero:

—Perdonad, señor alcalde, si me encontráis demudado y colérico; ese hombre (y señalaba al estudiante) se ha atrevido á insultar dentro de mi casa, á una honrada mujer de mi familia: al ama de cria de mi hija; no he podido tenerme, y no sé qué hubiera hecho si no me hubieran sujetado; perdonad tambien, mis señores, dijo más sereno, si he podido ofenderos irritado; tenia delante á ese hombre que me provocaba, añadió dirigiéndose á los tres nobles portugueses.

El alcalde Portocarrero callaba y escuchaba revestido de toda la severa majestad de su cargo.

El duque de Coimbra dijo:

—Perdonado estais por nosotros, seor pastelero, porque estábais poseido por una justa cólera; que de otro

modo, os costaría muy caro el haber faltado de tal modo al respeto á tres grandes de Portugal.

—¿Grandes de Portugal son vuestras excelencias? dijo el alcalde Portocarrero.

—El duque de Coimbra soy yo.

—Yo el marqués de Almeida.

—Yo el conde de Novoa, dijeron uno tras otro los tres señores.

—¿Y son criados de vuestras excelencias esos tres que tienen aún las espadas en las manos?

—Son nuestros ayudas de cámara, á quienes llamamos para evitar una desgracia; idos.

Los tres criados envainaron sus espadas y desaparecieron.

—Permitanme vuestras excelencias les pregunte por qué están aquí, dijo el alcalde Portocarrero.

—Hemos venido á visitar á la señora doña Ana de Austria, sobrina del rey nuestro señor, dijo con énfasis Coimbra; llegamos anoche, hemos tomado aposento en esta pastelería, y al oír hace poco una acalorada disputa en que parecía que dos hombres iban á matarse, hemos bajado por evitar una desgracia, á interponer nuestra indudable autoridad, como grandes de uno de los reinos del rey nuestro señor.

—Y en nombre del rey nuestro señor, yo doy las gracias y aplaudo á vuestras excelencias por lo que han hecho, como alcalde de casa y córte de la real Chancillería de Valladolid, enviado á esta villa para mantener en ella el saludable temor á las leyes. Yo soy el alcalde don Luis Portocarrero que os besa las manos, y

se pone en lo que fuere posible á las órdenes de vuestras excelencias.

—Nosotros celebramos el haber conocido á vuestra señoría, dijo tomando la palabra el duque de Coimbra, aunque bien quisiéramos que no hubiese sido por ocasión tan desagradable.

—¿Qué es ello? dijo reposadamente el alcalde Portocarrero, que no era ni por asomo violento en las maneras como don Rodrigo de Santillana. ¿Saben vuestras excelencias la causa de lo que ha sucedido aquí?

—Hemos oído voces, hemos bajado, hemos visto aquel hombre que allí está preso, provocando insolente al dueño de esta casa, insultando con palabras soeces á esa mujer, y el pastelero, poseído de una justa cólera, pretendiendo vengar las injurias que aquel hombre le hacía.

—De modo que quien provocaba era el bachiller, dijo tranquilamente el doctor Portocarrero sin dejar de mirar á Sayda Mirian, cuya hermosura le maravillaba y que estaba roja de vergüenza, y á Gabriel de Espinosa, cuya actitud y cuya dignidad no le maravillaban menos.

—Por lo que hemos visto, y obedeciendo á nuestro honor, debemos decir, contestó Coimbra, que aquel hombre injuriaba, y que el pastelero quería reprimirle.

—Muy bien, señor duque, dijo el alcalde Portocarrero. ¿Y vos, señor pastelero, qué teneis que decirme?

—Que al bajar por las escaleras para ir con el ama de mi hija á la misa de Santa Obdulia, ví que este hombre la insultaba.

—¿No sabeis, pues, lo que ha pasado desde el principio?

—No señor.

—Pero debéis saberlo vos, dijo el alcalde Portocarrero, á quien la hermosura, la dignidad, y ese no sé qué característico que emana de las personas nacidas y sostenidas en una esfera superior, que veía en Sayda Mirian, maravillaba más y más.

—Yo no sé deciros, caballero, sino que yo iba delante del señor Gabriel, cuando al ir á salir á la calle, ese hombre se acercó á mí, me miró y me requebró de un modo grosero, y se me atrevió de una manera más grosera aún: yo grité, y entonces sobrevinieron el señor Gil Lopez y el señor Gabriel de Espinosa: hé aquí todo lo que puedo decirle á vuestra señoría.

Y Sayda Mirian, que habia hecho un violento esfuerzo para decir estas palabras, calló avergonzada.

VIII.

—Esto es cosa concluida, dijo Portocarrero; vuestras excelencias pueden retirarse, y dejadme mandado, si gustan, lo que quisieren.

Los tres nobles saludaron ceremoniosamente al alcalde, y se volvieron á su aposento sin decir una palabra ni mirar siquiera á Gabriel de Espinosa y á Sayda Mirian.

—Vosotros, dijo á estos el alcalde, quedais libres como lo estábais.

—No esperaba yo menos de la rectitud, de la justicia de vuestra señoría, y yo me pongo á su servicio en lo poco que puedo y valgo.

—Habré de tomaros declaracion, Gabriel de Espinosa, y tal vez no tarde.

—Cuando guste vuestra señoría.

—Id al medio dia á mi casa con el ama de vuestra hija y con vuestro pariente Gil Lopez.

—Iremos, señor, dijo Gabriel de Espinosa sin dar la más ligera muestra de turbacion.

—Pues hasta la vista, seor pastelero.

—Hasta la vista, señor alcalde.

Y Gabriel de Espinosa y Sayda Mirian subieron por las escaleras.

IX.

El alcalde Portocarrero se volvió entonces con la fria y tremenda impasibilidad de la justicia al bachiller Corchuelos que estaba sujeto por dos alguaciles de los de la ronda del alcalde, y le dijo:

—Yo lo siento mucho, señor bachiller; pero me parece que si no os ahorco, que será lo más probable, doy con vos en galeras, sin que os valgan los grados y las licencias, á fin de que los demás escarnienten y no se tomen las licencias que vos os habeis tomado, ni insulten á mujeres honradas, ni pongan junto á un precipicio á los parientes de estas mujeres, ni desobedezcan á ilustres principes, ni zurren temerariamente á los ministros de la justicia del rey nuestro señor; mucha disculpa será menester que encontréis para que yo no os cuelgue; ¡ea! á la cárcel con él, y vamos á tomarle declaracion.

El estudiante, cuyo valor habia desaparecido completamente, miró de una manera vaga al alcalde Porto-

carrero, y salió entre los dos alguaciles, ó más bien, los dos alguaciles le sacaron.

El alcalde Portocarrero y Pedralva se fueron detrás.

Algunos curiosos y algunos estudiantes que estaban junto á la puerta, así que pasó el alcalde, dijeron entre sí:

—En malas angosturas está metido el insigne Corchuelos.

—Como ya no estaba en el pueblo el alcalde Santillana...

—Pues no, pardiez, este alcalde nuevo, sin dar voces, sin ponerse azul y sin apretar palos como el alcalde Santillana, me parece capaz de ahorcar á un cristiano más pronto y por menos que el otro.

—Como si hubiera un alcalde de casa y córte que no fuera aficionado á ahorcar.

—Pues abrir el ojo, muchachos, que hay alcalde á la vista.

—Pues no, como ahorquen á Corchuelos, yo vengo á verle; á ver si da bien las zapatetas.

—Mejor si le ahorcan; así nos quitamos á un temeron de encima.

Y los estudiantes y los curiosos se fueron á la larga trás el alcalde y el escribano á ver lo que olian.

X.

Entretanto el alcalde iba murmurando para sus adentros:

—En mi vida he visto un pastelero que menos lo pa-

rezca, y un ama de cria tan señora; menester será averiguar algo acerca de ellos.

Y dando vueltas á estos pensamientos, se entró en la cárcel, donde permaneció dos horas largas, despues de las cuales salió, y al ver á algunos estudiantes que aún estaban allí, les dijo:

—Amigos míos, yo he sido también estudiante como vosotros, y soy bachiller, y licenciado, y doctor, y como veis le he tomado tal cariño al bonete, que no me le quito de encima; me acuerdo de que en Salamanca éramos la piel del diablo; pero sin ofender nunca á la moral, ni á la religion, ni al rey; aquellos eran otros estudiantes, y sobre todo, sabian más que vosotros; esto es una vergüenza; he preguntado en griego al bachiller Corchuelos, y me he convencido de que no conoce el *alfa*; le he preguntado en latin, y me he convencido de que no sabe el *musa*, *musce*, ni el *templum*, *templi*; no merece, pues, que se le tenga consideracion por estudiante, y he visto que es un vigardon que debe ser ahorcado; id, pues, componiendo su oracion fúnebre, porque me parece que ya están torciendo la cuerda, que le falta muy poco para estar concluida; no hay que asustarse por esto, que yo no mándo ahorcar más que á quien lo merece. Quedáos con Dios, hijos, y procurad que yo no ande en casos de justicia con los estudiantes.

El alcalde se marchó con Pedralva.

—Diablo, dijo otro bachillerote talludo; este alcalde habla y es comunicativo y dice que tiene cariño á los estudiantes, pero los ahorca.

—Será necesario hacerse cartujos.

—Y callar mucho.

—Pues callemos.

Y los estudiantes se derperdigaron y se fueron cada cual por su lado.

Indudablemente, el alcalde Portocarrero, con su semblante afable y su palabra reposada y tranquila, se habia hecho temer más en una hora, que el alcalde Santillana con todo su terrible carácter en un año.

Esto consistia en que el alcalde Portocarrero hacia justicia sin exasperar y de la manera más suave posible.

XI.

Seguidamente, y como ya era hora de ser recibido en audiencia, el alcalde Portocarrero fué á rendir el homenaje de sus respetos como se debia á una sobrina del rey, á doña Ana de Austria; y despues de la audiencia, que apenas duró un cuarto de hora, se volvió á su casa.

CAPITULO XI.

De cómo el alcalde Portocarrero se llenó más y más de confusiones, y encontró motivo para aprovechar la ligereza de Anguila.

I.

Era ya mediodia, cuando Portocarrero llegó á su casa y se puso á comer tranquilamente la vianda que le habian llevado de la pastelería de Gabriel de Espinosa.

—Podeis decir á vuestro amo, dijo el alcalde Portocarrero, cuando hubo acabado de comer, al mozo que le habia llevado la comida, que puede venir cuando quiera.

El mozo recogió en una cesta los platos y el servicio, y se marchó.

Poco despues, un algnacil dijo al alcalde que el pastelero Gabriel de Espinosa venia á ponerse á sus órdenes.

El alcalde Portocarrero le hizo entrar.

II.

Gabriel de Espinosa entró acompañado de Sayda Mirian y de Gil Perez.

—Bien venidos, amigos mios, les dijo el alcalde Por-